

TIERRA DE FUEGO: LOBOS MARINOS EN LA COSTA

defensa y acometividad, se encuentra como perdido entre las exuberancias vírgenes de la Naturaleza. La tierra es una amiga cuando está domada y tiene el hábito de ver al hombre; pero antes de domesticarse recibe hostil y ceñuda á los primeros visitantes. Su belleza es sombría en fuerza de ser grande: cada una de sus galas oculta una perfidia: todos sus adornos respiran acometividad. En su seno majestuoso, poblado de mil vibraciones de vida, ó vacío otras veces con un silencio mortal, como si el mundo fuese víctima de repentina anestesia, es imposible el descanso ni el ensueño. ¿De qué sirve tanta belleza, si no se la puede saborear con tranquilidad, como se saborea la hermosa placidez de los bosques y los campos en los países civilizados? . . . Plantas y árboles se cubren de pinchas agudas como bayonetas, para repeler al hombre. Al caminar, la vista, que quisiera tenderse hacia lo alto para distinguir el cielo de un azul denso entre los claros del follaje, tiene que fijarse en la maleza, precediendo con sus investigaciones al pie, que vacila antes de posarse, temeroso de los ocultos reptiles. En la orilla del río ó de la laguna, el tronco informe, verdinegro, inmóvil, adquiere de pronto torpe vida, y saca garras, y se abre con inmenso bostezo, enseñando al sol la doble fila de dientes. Si os tendéis, como en Europa, al pie de un árbol para escuchar el canto de los pájaros y sumiros en soñolienta contemplación, sentís invadido vuestro cuerpo por voraces hormigas que muerden como fieras insaciables. Si seguís el vuelo de una mariposa ó pretendéis acercaros á una flor que abre su corola entre los matorrales, suena la hojarasca con un chasquido semejante al de un muelle en espiral que se distiende y se dispara, y asoma entre el ramaje una cabeza triangular

de vibradora lengua y ponzoñosa defensiva.

Por ninguna parte se ve la paz de esos paisajes plácidos que sirven de grato fondo á la vida moderna. Es la Naturaleza antes de ser conquistada y adcentada por el hombre. La fiebre bate su aleteo sobre las charcas: los mil parásitos que muerden, pinchan ó taján no han sido aún ex-



ARGENTINA TÓRRIDA: SELVA DE LIANAS

pulsados por el roce humano, que los aniquila: la tierra se subleva ante el intruso, no domada aún por la planta del hombre, que en fuerza de pisarla la hace su esclava. Tremendas é inexplicables enfermedades reinan en estos países. Las fuerzas naturales parecen vagar furiosas como vengadoras eumenides para castigar al intruso. El aventurero de fuerzas hercúleas, á los seis meses de residir en la selva, es un espectro cuyas carnes se desprenden de los huesos, y al año, un esqueleto que blanquea tendido al pie de las lianas de caucho, riqueza natural cuya conquista pagó con la vida.

Son países hermosos para ser vistos de pasada, pero en los cuales la existencia resulta



ARGENTINA AUSTRAL: CORTA DE ÁRBOLES EN TIERRA DE FUEGO

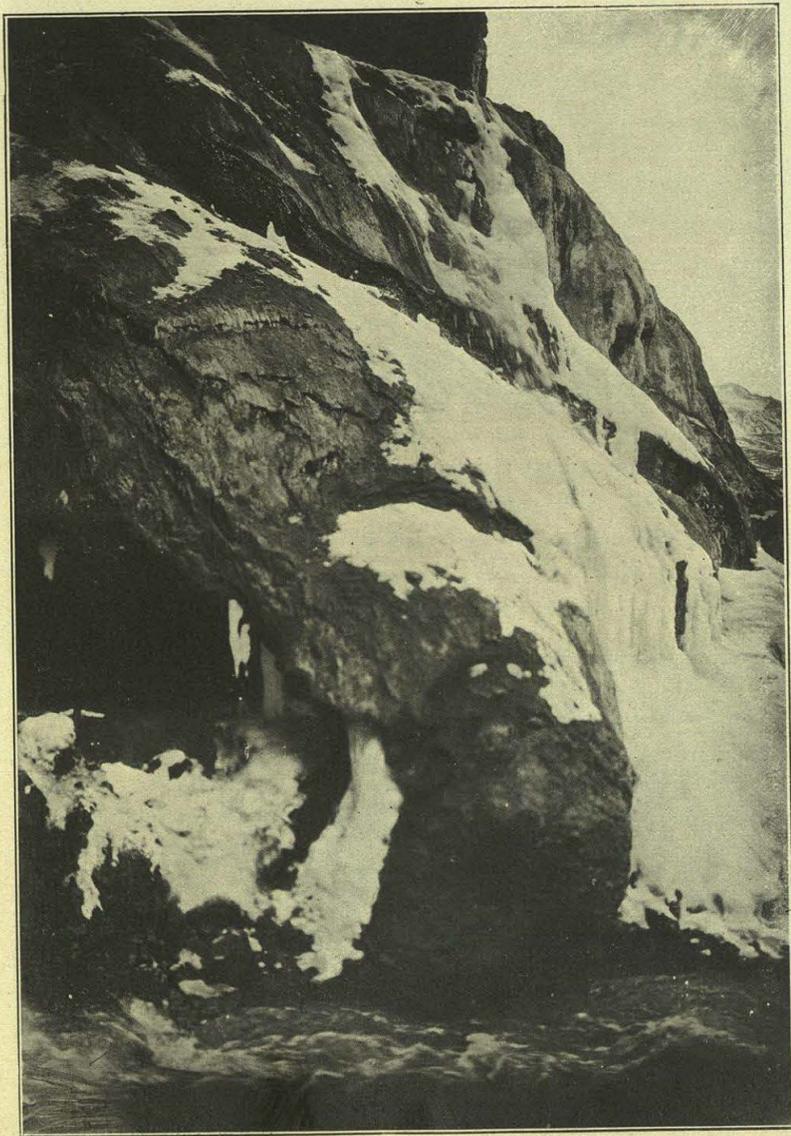
penosa y difícil. Por grande que aparezca su territorio en el mapa, habrá que descontar siempre de esta grandeza los enormes espacios cerrados al hombre por la fatalidad del clima. ¿Cuándo podrán ser explotadas esas tierras bajas y ardientes de la zona ecuatorial, que no gozan siquiera la compensación de la altura? ¿Cuántos siglos pasarán antes de que la

humanidad, falta de sitio en el globo, se decida á poblar esos bosques, que resultan de muerte por su misma exuberancia?...

El hombre, al trasladar su hogar, busca tierras y climas que le recuerden su país de origen, y esto es lo que hace principalmente la grandeza de Argentina.

Elíseo Reclus, el ilustre geógrafo, dice así al hablar de este país:

«El hecho geográfico capital, desde el punto de vista de los progresos de la Argentina, es su relativa proximidad al continente europeo. A despecho de las apariencias y hasta del testimonio del mapa, las riberas del Plata son en toda la costa sud-americana las que ejercen una influencia más poderosa sobre Europa, atrayendo sus buques y sus emigrantes. Las costas sud-americanas que se hallan más al Norte, están á una distancia kilométrica de Europa menos de la mitad que la Argentina, y, sin embargo, no ejercen ni con mucho la misma atracción.



UN GLACIAR DE LOS ANDES

Esto se explica con facilidad. Los europeos se dirigen, naturalmente, hacia la región del continente sud-americano que corresponde á su país de origen, por los grados de latitud, las condiciones medias del clima, la vegetación y el género de vida.»

La producción de otros países sud-americanos tal vez sea más esplendorosamente rica que la de Argentina, pero no es tan útil é imprescindiblemente necesaria. El tabaco, el café, la goma y otros artículos preciosos representan una gran riqueza; pero en término extremo, si no existiesen, la humanidad podría subsistir perfectamente sin ellos. De aquí que por no ser absolu-

tamente necesarios para la vida sufran á veces grandes depreciaciones y hagan pasar por tremendas crisis á los países productores.

Argentina es menos «vistosa» en sus riquezas. Produce carne, trigo y lana para ella y para una gran parte del mundo. Estos artículos son tan vulgares, que tal vez no puedan ser cantados por un poeta, pero resultan imprescindibles para la vida.

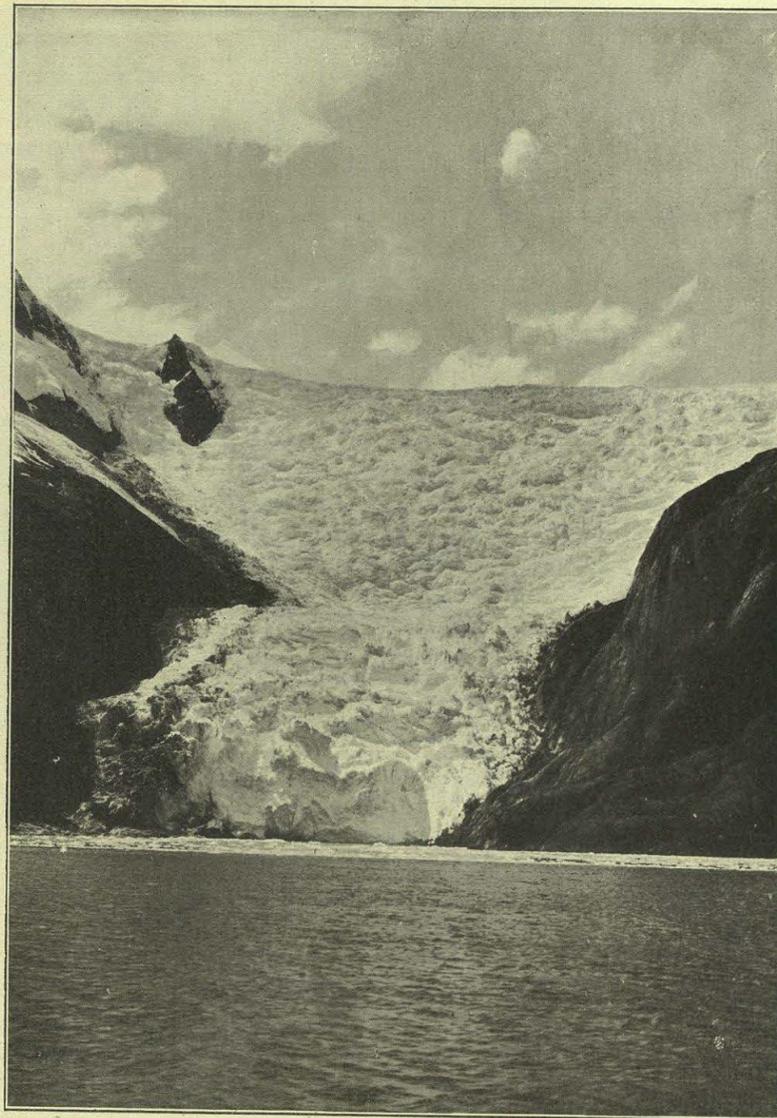
El andaluz de que antes hablé, eterno denigrador de los países «para tarjetas postales», terminaba siempre con estas palabras su curso originalísimo de Geografía:

— No me hablen ustedes de esos productos que

son de lujo y hoy se venden bien y mañana mal. El pan, la carne y la lana que nos abriga, eso es lo positivo, lo que no engaña, y me parece que va á transcurrir algún tiempo antes de que tales artículos pasen de moda.

Argentina es también grande geográficamente. Naciones importantes de Europa que mantienen muchos millones de individuos, aparecen como de una exigua pequeñez y casi se pierden al ser comparadas con esta República sud-americana. La Península ibérica es cinco veces menor que el territorio argentino. España y Portugal juntas parecen insignificantes cuando la curiosidad geográfica coloca su contorno sobre el de la gran nación del Río de la Plata. España es casi igual en tamaño á una provincia argentina: la de Buenos Aires. Francia, lo mismo que la Península Ibérica, cabe cinco veces dentro de las fronteras argentinas.

Tres millones de kilómetros cuadrados suma aproximadamente la extensión de este país.



UN GLACIAR EN LAS COSTAS DEL SUD



UN PANORAMA DE LOS ANDES

Poco más de seis millones de hombres forman su población. De estos seis millones hay que descontar un millón trescientos mil, que constituyen el vecindario de Buenos Aires. ¿Qué queda para el campo y las poblaciones de provincias? . . . Puede calcularse aproximadamente que la Argentina, descontando el gran amontonamiento humano de su capital, sólo tiene en el campo un habitante y medio por kilómetro cuadrado. . . Y con tan reducida población proporciona al mundo una suma de productos muy superior á la de otros Estados de muchos millones de habitantes.

Su extenso territorio, casi todo él utilizable, ofrece cómoda vivienda á una parte enorme de la humanidad.

Cuando tenga la misma población por kilómetro cuadrado que cualquiera nación de Europa, la Argentina será uno de los pueblos más grandes de la tierra.

Si llega á poseer, como Francia, 73 habitantes por kilómetro (lo que no es mucho teniendo en cuenta la riqueza del suelo argentino), su población será de 219 millones. Si llegase á alcanzar la densidad de Alemania, contendría 330 millones de habitantes.

El día, ya cercano, en que tenga 9 habitantes por kilómetro, como Suecia y Noruega, contará con 27 millones de habitantes.

Y si con poco más de seis millones de hombres realiza tales prodigios este país, ¿qué no hará cuando cuente con 27 millones? . . .

El crecimiento de la República Argentina es de tal rapidez, que bien puede llamarse vertiginoso.

Las etapas de su avance no exigen largos lapsos de tiempo.

Mientras Australia desarrolla anualmente su población en un 18 por 1.000, y los Estados Unidos en 20 por 1.000, la República Argentina ha crecido á razón de 33 por 1.000, y en los últimos tres años á 50 por 1.000!



PASO DE LAS PIRCAS EN LOS ANDES

II

MONTAÑAS, LAGOS Y RÍOS

Recuerdo los gestos de asombro y admiración de varios argentinos que iban á Europa por vez primera, al entrar el buque en el puerto de Río Janeiro.

— ¡Montañas! . . . ¡Qué hermosas montañas! — exclamaban mostrándose las alturas que bordean la hermosa bahía.

Y yo, que acababa de recorrer el territorio argentino, admirábame no menos del entusiasmo y asombro de estas gentes, que jamás habían visto montañas, siendo nacidas en un país que posee alturas enormes, cumbres de fama mundial.

La Argentina es dueña de una gran parte de los Andes, pero los ciudadanos de Buenos Aires y de algunas provincias costeras viven y mueren sin haber visto una montaña. En este país, tan enorme, pueden moverse las gentes con las más vertiginosas actividades, sin salir de su provincia, grande como una nación; sin ver otros horizontes que los amplios y monótonos de las infinitas llanuras centrales, limpias de ondulaciones.

Muchos viajeros, al llegar á la Argentina, sólo visitan las regiones del litoral, de inago-



PASO DE LOS ANDES Á LA VISTA DEL TUPUNGATO